

CALABAZAS



en el trastero



Terror orientas



Presenta

CALABAZAS



en el trastero

CALABAZAS



en el trastero



Terror oriental

Créditos:

Primera edición: agosto 2011

ISBN: 978-84-939168-4-8

Ilustración de portada: Carlos Bribián

Maquetación y diseño: Miguel Puente y Kachi Edroso

Corrección de estilo: David Jasso y JA Laguna Edroso

Prólogo: Óscar Bribián

Autores: Andrés Abel, José Ignacio Becerril Polo,
Ignacio Cid Hermoso, Miguel Cisneros Perales,
Santiago Eximeno, Luis González, David Jasso,
Juan Ángel Laguna Edroso, L.G. Morgan,
Diana Muñiz, Víctor Núñez Rodríguez,
Miguel Puente Molins y Darío Vilas

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A 50006 Zaragoza

Más información y contacto: www.sacodehuesos.com

**Un proyecto de la asociación cultural La Biblioteca
Fosca**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prólogo: Terror oriental

Cuando hablamos de terror oriental, ineludiblemente pensamos en los filmes que los tres grandes dragones (China, Corea y Japón, especialmente estos dos últimos) producen y exportan de unos años a esta parte, obteniendo pingües beneficios y multitud de adeptos en Occidente.

Aunque desde mediados del siglo XX se han producido destacables películas de este género en dichos países, lo cierto es que el verdadero estallido comercial podría decirse que llegó tras el éxito de “Ringu”, de Hideo Nakata. Producciones posteriores siguieron mostrando un terror distinto al que conocíamos en Occidente, más pausado y, por lo común, en cuanto a las películas más comerciales, menos voraz que el gran referente estadounidense. Probablemente su triunfo se debió a que inyectaba un poco de sangre fresca en un género que sigue languideciendo por la prodigalidad de los efectos especiales.

Las *yureis* (los fantasmas clásicos japoneses) de aspecto infantil han copado las pantallas en la última década, pero muchos críticos apuntan a que

dicho fenómeno terminará extinguiéndose. A fin de cuentas, las películas orientales de esta guisa han venido repitiendo una y otra vez las mismas ideas, igual que las películas de zombis en el mundo anglosajón.

Sin embargo, en aquellos tres países bañados por el Pacífico existe un género de terror mucho más profundo, variopinto y psicológico (y sin duda más duradero) que el que muestran sus películas: es el terror que subyace entre las páginas de los libros clásicos y modernos. Empero, es difícil delimitar este género en la literatura oriental, ya que se entremezcla mucho con historias altamente reflexivas, introspectivas o psicológicas, en las que pueden abundar fantasmas o situaciones extrañas, pero no de una forma tan nítida como en la cultura occidental, donde los vampiros, los hombres lobo, los exorcismos y los asesinos en serie son bastante comunes. Así, muchas de las historias que podríamos catalogar dentro del terror, tendrían igual cabida en el género detectivesco, en los cuentos populares o el *thriller*.

Por otro lado, la imaginería china está repleta de leyendas antiguas, y de ella han bebido las culturas que la rodean. Más concretamente la japonesa.

Conocemos la literatura de otros países por los libros que las editoriales occidentales importan, y hay que reconocer que el auge actual de la literatura japonesa no tiene parangón con ningún otro país oriental, por mucho que el gigante chino esté despertando de su letargo socioeconómico y cultural, o que las naciones de Oriente Medio estén produciendo excelentes escritores de la talla del turco Orhan Pamuk o el egipcio Naguib Mahfuz, ambos premiados con el Nobel de literatura.

No se trata de una casualidad el que bastantes escritores japoneses lleguen a las librerías españolas. El cine ha aportado su granito de arena para acercarnos a la cultura nipona. El manga ha calado hondo en las nuevas generaciones de aficionados a los cómics, con temáticas más adultas y sinceras, retando al mercado norteamericano y europeo. Los videojuegos producidos en Japón están entre los más competitivos, y el *merchandising* que gira en torno a aquellos y el anime es cada vez más creciente. En definitiva, la cultura japonesa ha venido a aportar aire fresco en múltiples facetas del ocio y la cultura occidental, y muy concretamente en el género del terror.

Lafcadio Hearn fue uno de los primeros divulgadores del mundo del Imperio del Sol

Naciente en Occidente. Seducido por la cultura japonesa, realizó una recopilación de cuentos fantásticos que hoy en día constituyen un referente para todos aquellos que deseen introducirse en los clásicos orientales ligados en buena medida al género oscuro. Textos como “Rokuro-Kkubi” o “La historia de Aoyagi” plasman acertadamente la vida de los samuráis reconvertidos en sacerdotes, “Jyuroku-zakura” o “El sueño de Akinosuke” muestran el amor y el respeto hacia los árboles centenarios y los animales, y su vinculación casi espiritual con el ser humano, y la “Historia de Miminashi-Hoichi” o “Auki-On’na” son cuentos de fantasmas y antiguos guerreros.

Podemos dejar de lado las antiguas leyendas y sus revisiones para adentrarnos en la novela negra cultivada por Edogawa Rampo, el Edgar Allan Poe japonés, auténtico maestro del misterio e icono insoslayable en su país, prolífico y brillante, de quien puede leerse en castellano su notable antología “Relatos japoneses de misterio e imaginación”, con relatos tan imaginativos como “La butaca humana”, tan intrigantes como “El test psicológico” o tan descarnados y opresivos como “La oruga”. Existen autores como Yukio Mishima, uno de los

más importantes novelistas y dramaturgos japoneses, que fueron también aclamados como maestros del género breve gracias a textos como “Patriotismo” o “El termo”, que aunque no sean netamente textos terroríficos, sí transmiten una importante sensación de angustia.

De una forma ya más contemporánea, podemos encontrar autores que han dado el salto hacia el éxito editorial multinacional, siendo el controvertido Haruki Murakami el principal exponente, seguido de otros como Koji Suzuki, que han obtenido los laureles con el terror (“Paradise”, “The Ring”) llevado a la gran pantalla.

Pero, ¿por qué mencionar novelas y cine cuando estoy presentando un libro trufado de intrigantes relatos? El género breve puede adquirir su mayor intensidad en las procelosas aguas del terror. Sí, este se mueve cómodamente en las distancias cortas, como una serpiente que culebrea plácida bajo la superficie. Decía Borges, maestro ineludible del cuento, que resulta un *“desvarío laborioso y empobrecedor el de componer vastos libros; el de explayar en quinientas páginas una idea cuya perfecta exposición oral cabe en pocos minutos”*. En parte no le faltaba razón al chileno. Pero, cuán difícil

es intimidar a un lector con apenas unas pocas páginas. Qué complicado parece transmitir un sentimiento tan intenso como el miedo en apenas unos cientos de palabras. ¿No les parece? Y, sin embargo, es posible. Muchos autores lo han logrado a lo largo de la Historia, demostrando que esta serpiente, que se cuele por las cuencas de nuestros ojos y llega hasta el estómago para ovillarse allí, puede surgir de cualquier texto breve. Y qué gratificante es sumergirse por entero en una intriga que apenas dura unos minutos, para después regresar a la superficie y respirar hondo, preparado a zambullirse de nuevo en otra narración. Afortunadamente, en nuestro país tenemos unas pocas alternativas como esta, donde dar rienda suelta a nuestras más sombrías lecturas. Apaguen la luz que les ilumina desde el techo y conecten la que tienen en su mesilla, o mejor enciendan un par de velas negras. He aquí trece relatos escalofriantes cuya temática nos sumergirá en la honda imaginería oriental. No me culpen si no logran dormir esta noche. Culpen a los conspiradores que han hecho posible esta magnífica antología.

Óscar Bribián

Tinta china

Por Juan Ángel Laguna Edroso

Fue al desaparecer cuando los chinos resultaron realmente inquietantes. Las leyendas urbanas del abuelo Chen triturado para conservar el pasaporte, del gato por cerdo agridulce o de los cuarenta camareros viviendo en la despensa quedaron como chiquilladas al lado de la incontestable realidad: ya no había chinos en nuestras calles. Ni uno. De la noche a la mañana.

En mi ciudad habían llegado a ser el 20% de la población. Puede parecer que no es tanto, pero piénsalo un momento: el 20%. Una quinta parte. En Occidente. En España. Y un buen día, ya no están. Ni uno solo. Ni rastro.

Seguro que has leído alguna de esas historias de ciencia ficción donde Oriente se convierte en una potencia mundial, o alguno de los infumables tebeos de Blake y Mortimer sobre el Imperio Amarillo. Desde luego sus autores no se esperaban este golpe de efecto. Y nosotros, los ciudadanos de a pie, tampoco.

¿Dónde demonios se han metido? Esa era la pregunta que nos rondaba a todos por la cabeza

cuando, paseando por la calle, palpábamos la ausencia. Era imposible no hacerlo. Ya no te cruzabas con ellos por ninguna parte. No es que fueran un pueblo que llenase las calles, o particularmente ruidoso, pero habían dejado un hueco apreciable, uno insoslayable en las zonas comerciales. Ahí, sin duda, era donde más patente quedaba su marcha: cientos de tiendas y restaurantes permanecían cerrados, día tras día, sumiéndose en la ruina.

Al principio hubo quien se lo tomó a broma. "Esto será Mao, que les ha convocado a alguna fiesta sorpresa", decían. Pero la cosa tenía poca gracia. No había carteles de cerrado por vacaciones ni por defunción en ninguno de los comercios, ni ningún otro aviso de este tipo. Algunos propietarios, de hecho, ni siquiera habían echado las persianas: sus locales permanecían cerrados, pero únicamente con la llave de la puerta de entrada, que en muchos de ellos era de cristal.

A medida que fueron pasando los días, el deterioro de las tiendas y los restaurantes fue haciéndose patente. En aquellas de ropa o del *Todo a 100* los daños apenas se limitaban a una densa capa de polvo, telarañas y suciedad en general. Los

restaurantes y los supermercados orientales eran harina de otro costal: en cuanto los productos perecederos fueron pudriéndose y fermentando, hicieron acto de presencia los carroñeros, primero las cucarachas, y luego, para escándalo de los vecinos, las ratas.

Ese momento crítico había ido posponiéndose gracias a los envases y a las cámaras frigoríficas, pero cuando estas no pudieron contener más el natural deterioro de los productos almacenados, fue la debacle. Cientos de locales en la ciudad se declararon infecciosos al mismo tiempo, pues, como ya he dicho, los chinos se habían esfumado de la noche a la mañana. Todos. Fue entonces, una mañana de junio particularmente calurosa, cuando el Ministerio de Sanidad decidió tomar cartas en el asunto. El misterioso fenómeno, del que la prensa se había hecho eco sin obtener ninguna reacción oficial, había pasado de considerarse un tema de charla matutina a convertirse en un asunto de seguridad nacional. De la noche a la mañana se temía una plaga, una epidemia, un envenenamiento masivo.

Al mismo tiempo que todos los inspectores de sanidad eran enviados a clausurar sistemáticamente

todos los locales abandonados bajo la supervisión de la policía, en la televisión se emitían debates y discursos encendidos en los que el Ministerio de Interior y el de Sanidad intentaban apaciguar a la población con buenas palabras y promesas de que todo aquel asunto estaba bajo control y que llevaba meses sometido a estudio por los mejores especialistas de la materia —quién sabrá a qué se referían—. No se daban cuenta de que sus panfletos llegaban demasiado tarde: aunque la opinión pública se lo tragase, aun con dificultad, una incertidumbre intangible se había instalado ya en lo más profundo de nuestro ser. El día a día, lo cotidiano, había sido quebrado por algo que, a todas luces, no podía haber ocurrido.

Los relatos que filtramos sobre el estado de los locales, unas cavernas infectas donde las ratas y la podredumbre campaban a sus anchas, pesaron tanto en la población como ese resquemor profundo que nos asolaba a todos. Fue por ello que pocos emprendedores intentaron recomprar los locales abandonados. En cualquier caso, apenas importaba.

Por un lado, porque los ayuntamientos no sabía muy bien cómo proceder. No había actas de defunción, ni expropiaciones, ni traspasos... solo

algunas infracciones por negligencia y algunas multas por el episodio de las ratas (que estaba lejos de solucionarse). La desaparición de los propietarios y arrendados había bloqueado la maquinaria burocrática, y los responsables no se decidían a tomar las riendas del asunto por miedo a meterse en algún pantanal peor que el que ya estaban atravesando.

Por otro lado, apenas una semana después empezaron a aparecer las pintadas.

Eran ideogramas chinos.

Todos los expertos coincidieron en ello, aunque ninguno se atrevió a asegurar cuál era la traducción correcta. Los pocos orientales que quedaban en nuestras ciudades no necesitaron conocerla: coreanos, taiwaneses, japoneses, vietnamitas... todos hicieron las maletas y abandonaron nuestro país. Todos. Y el poder contemplar en la televisión el éxodo masivo a través de aeropuertos, estaciones de tren y autobuses no hizo menos espeluznante el espectáculo. Pocos se alegraron. La mayor parte nos estremecimos sin saber muy bien por qué. Era un sentimiento ancestral, anclado en el subconsciente desde la noche de los tiempos. Estábamos solos. Y, así terminamos por entenderlo, solo nos quedaba ir

recogiendo las últimas piezas del puzle.

Los ideogramas.

Aparecían en los lugares más insospechados. Tras una máquina de refrescos, en el pedestal de alguna conocida estatua, en el trastero de algún garaje, en la ventana de algún vecino... No parecía existir conexión alguna, ningún patrón que nos orientase, y los posibles testigos siempre aseguraban que no sabían nada, que no habían visto nada, que no habían hecho nada. Solían tardar en torno a una hora antes de declarar, siempre inseguros, que habían sentido una corriente de frío, como un lametazo húmedo y gélido salido de alguna noche de tormenta. Como una nevera abierta, como hielo fundido, como las lágrimas de la Virgen, como el lengüetazo de un perro... húmedo y frío, siempre húmedo y frío.

Con pistas como aquellas era materialmente imposible llevar una investigación con un mínimo de profesionalidad y cordura. El comisario jefe estaba que echaba chispas y confieso que por una vez tenía todas mis simpatías. ¿Qué demonios se suponía que teníamos que hacer? ¿Arrestar por vandalismo a unos ciudadanos que se habían esfumado como la niebla? ¿O a todo aquel que

hubiera estudiado un chino mandarín arcaico -si es que los "expertos" no estaban metiendo la gamba- para interrogarles sobre los oscuros motivos que les llevaban a hacer aleatoriamente *rappel*, espeleología y allanamientos de morada varios a cualquier hora del día o de la noche?

Al final, se optó por la única solución que ayudaba a mantener el orden público: aumentar el número de patrullas policiales, tanto diurnas como nocturnas, y enviar algunas unidades especiales a rastrear el subsuelo de la ciudad.

¿Por qué el subsuelo? Me hubiera gustado poder decir que fue siguiendo algún patrón en la localización de los ideogramas, o cualquier otro esquema lógico, pero fue más una corazonada unida a la imposibilidad de ir registrando los domicilios de todos los ciudadanos. Los chinos tenían que estar en algún lado, y nadie había visto movimientos masivos fuera de las ciudades. Era, quizás, una pista tan buena como cualquier otra. O un golpe a ciegas.

Diremos en nuestro descargo que, al menos, las investigaciones se hicieron siguiendo un cierto método. Partíamos en grupos de tres, siguiendo las redes subterráneas de tendido eléctrico, aguas pluviales y cloacas trazando círculos crecientes a

partir de los locales abandonados en el éxodo masivo. Y no tardamos en obtener resultados, aunque no los que esperábamos.

Fue en mi primera patrulla –como fue tónica general entre el resto de las unidades especiales, según pude saber luego– cuando le encontré. Era el primer chino que veía en meses y daba la impresión de que se había vestido para la ocasión, para que no me quedase duda alguna sobre su origen.

Portaba una túnica de seda de brillantes colores, profusamente decorada con bordados y motivos florales. Un dragón o una gran serpiente, me era difícil determinarlo, cubría gran parte de la misma, enroscándose en torno a aquel cuerpecillo enjuto de anciano. Sus pies, nudosos como sarmientos, calzaban sandalias, y una lengua aunque rala barba trazaba una majestuosa vertical sobre su pecho. Desde debajo de unas pobladas cejas que contrastaban con una perfecta calva, unos ojillos brillantes me observaban con atención.

Dejé escapar un taco, una maldición o una oración a la Virgen, Dios sabrá qué, y, tras suspirar con alivio, bajé la linterna para no deslumbrar al anciano y me acerqué a él. Todavía no había

conseguido interpelarle cuando una risilla inquietante llenó el túnel. Joder, *inquietante*. No sé qué palabra podría definir algo así. Era como las de las películas, pero ahí, en vivo y en directo, no tenía nada de divertido.

Paco sacó la pistola; fue un acto antirreglamentario, sin duda, pero totalmente comprensible. Jorge, por el contrario, dio un paso atrás y resbaló en los lixiviados. El gruñido ahogado que lanzó nos hizo girarnos un instante. Cuando volvimos la vista hacia el viejo, este nos indicaba un ideograma que refulgía como si fuera de fuego negro. Y a pesar de lo extraño de aquel símbolo, yo no podía dejar de mirar sus manos, unas manos largas y blancas como jirones de niebla, unas manos largas y blancas coronadas por retorcidas uñas de medio metro de longitud.

Sentí que la cabeza se me iba y busqué apoyo en una pared. Ahí vomité hasta la primera papilla, enfermo y conmocionado como en un mal viaje. Solo Paco mantuvo la entereza, pero ¿qué iba a hacer? ¿Detener al viejo por ser chino? ¿Por reírse de un modo inquietante?

—Paco, vámonos —le dijo Jorge casi gimoteando. Ver aquel hombretón en ese estado ponía los pelos de punta.

Entonces, el viejo me sonrió –sí, a mí, mirándome a los ojos– y empezó a retroceder hacia las sombras. Tardé un instante en darme cuenta de que, aunque parecía que caminaba, estaba reptando de algún modo imposible, como una araña, subiendo de espaldas por el borde del túnel hacia la bóveda.

En ese momento, Paco abrió fuego. Una, dos, tres veces. Dios, quién hubiera podido reprocharle nada. Pero dio igual: el viejo desapareció entre las sombras sin dejar tras de él el mínimo rastro. Ni una sola huella, ni una sola mancha de sangre. Solo los agujeros de bala y aquel ideograma palpitando en el muro.

En la comisaría todo el mundo estaba al borde de un ataque de nervios. Todos abrumábamos con la misma historia absurda al comisario jefe, que parecía dispuesto a saltarnos los dientes a uno detrás de otro por hacer bromas sin gracia. Al final, tuvo que rendirse a la evidencia: después de soltar mil juramentos y mandar a tomar viento los informes de varias patrullas, que terminaron tapizando el suelo de su despacho, asumió la realidad. Aquello no era una broma. Absurdo, estúpido, fuera de lugar, tal vez, pero no una broma.

El 90% de las unidades especiales que habíamos salido a la caza de pistas nos habíamos encontrado con el maldito viejo. Era imposible, lo sé, a menos que hubiera una caterva de ancianos arácnidos idénticos esperándonos a lo largo y ancho de la ciudad, pero había ocurrido. Además, todos presentamos fotografías idénticas del maldito ideograma palpitante. Un grupo, el de Castro, había incluso realizado un video para captar aquella inquietante particularidad de la tinta.

Estábamos perplejos y, por qué no decirlo, asustados. La situación nos rebasaba y el único hecho positivo al que podíamos aferrarnos era que habíamos contrastado los hechos y llegado a un consenso: estaba ocurriendo. Fuera lo que fuera, estaba ocurriendo.

El comisario jefe llamó a Madrid, pero no obtuvo respuesta: comunicaba. Todas las líneas estaban saturadas. La Guardia Civil confirmó que ellos tampoco conseguían contactar con la capital, e informaron de que el ejército tenía el mismo problema. Nos dijeron que habían enviado un helicóptero y algunas unidades de tierra para reestablecer el contacto pero, de momento, estábamos aislados.

Aislados, sí, ¿pero con qué?

El comisario jefe nos mandó de vuelta a investigar, a vigilar que las calles seguían en orden, a anticiparnos a cualquier novedad: no quería que nos cogieron con la guardia baja. Se le veía tan descompuesto que apenas nos limitamos a protestar entre dientes. Aún andábamos haciéndonos los remolones por la comisaría cuando un grito nos hizo volver corriendo a su despacho. Ahí le vimos, blanco como el papel, contemplando el ideograma que, de algún modo, había surgido del suelo amparado bajo la capa de informes aventados.

El dibujo, misterioso, palpitaba suavemente, como un animal ronroneando. Luego empezó a desplazarse, reptando como un mal sueño hacia los pies de nuestro jefe. Tardamos un instante en darnos cuenta de que no se trataba de un efecto óptico. Entonces alguien sacó un arma y abrió fuego, pero lo único que consiguió fue hacer añicos una baldosa. Aquella mancha de tinta, ahora un bulto informe, siguió avanzando y se abalanzó sobre el comisario jefe, que seguía inmóvil apoyado contra su mesa. En unos instantes, solo quedaron alaridos y una nueva sombra, esta vez mayor, ronroneando en mitad de la sala. Lo que fuera aquello había engullido al pobre

hombre, y lo había asimilado.

Esta vez fueron otros los que vomitaron, y muchos los que salieron como alma que lleva el Diablo. Solo el subcomisario Juárez intentó socorrer a su superior, y hubiera sido mejor que no lo intentara: en cuanto tocó aquel cuerpo sumergido en la tinta, esta se adhirió con fuerza a sus manos, como la tela de araña a las patas de una mosca, y poco a poco fue deglutiéndolo. Pocos nos quedamos a contemplar el espectáculo, y todos nos arrepentimos de haberlo hecho.

A partir de ahí, la confusión fue absoluta. Corrimos por la comisaría, cogiendo todo lo que consideramos de utilidad, o simplemente gritando como dementes. Algunos llamaban por teléfono, otros rezaban. Otros se reían como maníacos. Cuando llegué por fin a la calle, entendí por qué.

Habían vuelto.

Habían vuelto todos.

Y ahora eran negros como la pez, negros como el abismo. Negros como manchas de tinta.

Como hambrientas manchas de tinta.

Sobre el autor de «Tinta china»:

Juan Ángel Laguna Edroso: (Zaragoza, 1979). Ingeniero químico, inventor del libro de plástico, esgrimista y escritor, actualmente vive en Metz, desde donde dirige la web OcioZero.com y trabaja como traductor *freelance*. Es miembro de Nocte, del Círculo de Escritores Errantes, de la Asociación Aragonesa de Escritores y editor de la revista digital La biblioteca fosca.

Ha publicado la novela “Cain encadenado” (Editorial Premura, 2000) y en versión bilingüe francoespañola “El niño que bailaba bajo la luna” (Nuevos Soportes Gráficos, 2005) con ilustraciones de Jean Gilbert Capietto. Su novela “Lección de miedo” quedó finalista del concurso “Psycho-tau” en el año 2002 y su antología "Pesadillas de un niño que no duerme" del V Concurso de novela corta Rejadorada en el año 2008.

También ha publicado numerosos relatos en antologías y revistas. En su página web, www.abadiaespectral.com, se recoge más información sobre sus proyectos actuales, sus premios literarios y sus publicaciones en Internet.